

Lo más parecido al prólogo

Sara Chaparro

LO MÁS

PARECIDO

~~A LA HISTORIA~~

AL PRÓLOGO

SARA CHAPARRO

Capítulo 1

I. OLIVIA

Tostadas de queso de cabra con mermelada de arándanos y un vaso de café con leche de avena que casi consume mitad del brick. Así es. Así soy. Un desayuno un tanto extraño para un lunes. No uno cualquiera. El primer día de mi nueva vida.

Perdona, he presentado mi desayuno y he tenido la poca cortesía de no hacerlo conmigo misma. Y quizá sea porque estoy tan ilusionada como desubicada. No, no es un lunes cualquiera y con 24 años mis abuelos ya tenían 3 hijos. Yo tan sólo empiezo en mi primer empleo tras salir de la universidad y un máster que me costó unos cuantos madrugones los sábados. Olivia, soy Olivia. Aunque en Starbucks muchas veces se coman la I latina y suene retumbando en mi cabeza aquel infantil mote de "Oliva" que tanto odiaba. Mis amigas me llaman Oli y mi madre, Vivi. Y a mi que tanto me gusta mi nombre completo, sólo lo utilizan para dirigirse a mi cuando están enfadados o para cosas demasiado adultas que todavía no logro encajar en mi vida.

Todavía no entiendo como he podido currarme tanto un desayuno cuando mi estómago lleva cerrado desde anoche. Pero la cuestión que me estoy planteando en estos momentos, no es esa. Hace una semana estaba en Isla, un pueblo cerca de Santander en el que llevo veraneando prácticamente desde que tengo uso de razón. Tirada en una toalla, me encantaría poder decirte que con la marca de bikini debajo de los huesos pronunciados que enseñan mis caderas, pero no. Nube sí, nube también. Y así me he tirado todo agosto, consumiendo Netflix, leyendo libros de esos intensitos de amor que te hacen plantearte porque tu vida no se parece ni al prólogo y dando paseos con el coche. Sí, así. Sola, con la música a tope y recorriendo las mismas playas que llevo 24 años viendo. Y no me quejo, me encanta desconectar de esta manera, pero este verano, necesitaba que fuera "El verano de mi vida" y sin embargo, he dejado la forma de mi silueta en la arena.

Me refiero a que necesitaba un verano de olvidar. Olvidar que acaba mi vida estudiantil y comienzo en el mercado laboral, que voy a ser la nueva, la inocente y la que acaba de salir de la carrera y que lo que mejor que se me va a dar va a ser sentarme al lado de mi supervisor y aprender. Quizá con suerte, proponer alguna idea creativa que sirva para una marca de limpieza de vitrocerámica. Y no quisiera ofender, pero los proyectos imaginarios universitarios creando ideas creativas para Nike o Coca Cola, han puesto el listón muy alto. Y por pedir, también necesitaba olvidarme un poco de Gonzalo. Bueno, quizá no del todo porque yo sigo pensando en que me hubiera encantado volver a septiembre para pasar una de esas noches en aquel piso en el centro de Barcelona que compartía con tres

amigos. Pero para él, Pasapalabra no era sólo un programa de televisión, sino nuestra relación.

Conocí a Gonzalo en medio de una conversación con un amigo. Si así es. Se coló en el WhatsApp de mi amigo para pedirme el número. Imagino que lo único que le llamó la atención de mi fue la foto de perfil en bikini que tenía del verano pasado. Y yo, con ganas de ser la Olivia rebelde que jamás había aparecido, le mandé un mensaje un tanto patético: "Hola, soy Olivia". Y digo patético, no por lo que dije, sino, por haber mostrado interés. Demasiado interés.

Desde aquel mensaje, no dejamos de hablar, ni siquiera hoy. No sé ni cómo ni porqué sabe que comienzo en una nueva empresa y me he despertado con un mensaje de él diciéndome que llegaré dónde quiera y que demuestre lo mucho que valgo. Perdón, me he perdido. "Lo mucho que valgo" ¿y por qué no me valoras entonces? En fin. Creo que es la única pregunta que llevo haciéndome todo agosto y todavía no he encontrado la respuesta. Así que hoy no será una preocupación más.

Sin embargo, ¿si te lo estas preguntando? Sí, le he respondido nada más abrir los ojos con un mensaje de agradecimiento y un emoticono de carita sonrojada para no parecer decepcionada con él por no saber nada durante un mes. Llevo desde el día que le conocí queriendo dejarle en doble tic azul o pegar la parrafada que tengo en Notas diciéndole lo mucho que me gusta pero lo cansada que estoy de que cada dos sábados pasemos una noche llena de lo que creo que es amor y el siguiente lunes no se acuerde de mi. O lo que es peor, me entere de que tiene una nueva ilusión.

Como ninguno de los objetivos de este verano se han cumplido, he pensado entre bocados de queso de cabra que se me están quedando pegados en las palas que quizá puedo empezar "Mi nueva vida" a partir de septiembre. Como suelen decir, volver a empezar la rutina, tener tu tiempo ocupado, hacer deporte y no tener tiempo ni para echarte una siesta. Seguro que eso hace que muchos de los problemas se queden archivados en un cajón para cuando tenga un mínimo de ganas de calentarme la cabeza. Genial Olivia, son menos diez y entras a en punto. Te recuerdo que has dejado el coche "dónde Cristo perdió el gorro" y que mejor que te laves otra vez los dientes si no quieres que tu periodo de prueba dure menos de 6 horas.

II. 6 KILOMETROS

¡Vaya siesta!

Dos horas después no sé si estoy en septiembre o ya han pasado los Reyes Magos y me han dejado un saco de ganas para irme a entrenar. En

la empresa todo ha ido bien, me han presentado a mi equipo creativo y me han dado la oportunidad de empezar a crear nuevas ideas para una cuenta de interiorismo. No está tan mal, quizá me subestime por lo joven e inexperta que me siento en este sector.

¿Reconoces ese momento en el que te sientes llena de adrenalina, tocando la cima de la felicidad que durará escasos 15 minutos y necesitas ponerte esa canción de vuelta a casa con los bajos del coche como si estuvieras en un festival de Reggaeton? Pues básicamente lo que he hecho en el trayecto de la oficina a casa. Aunque bueno, le he dado replay a la canción unas cuatro veces porque sentía que no la estaba cantando como se merecía, porque quería escuchar mejor la letra de esa canción que me sé de memoria y unas cuantas excusas más que han conseguido que no llegue al final de "Tengo un ángel que me cuida" de Rels B.

Desde que he metido la llave en la cerradura hasta que he abierto los ojos con la marca de la sábana en mi cara, es poco relevante. Mi mensaje se ha quedado en leído, en Instagram la gente sólo hace que subir sus reencuentros universitarios y tengo un libro de Agatha Christie en la mesita esperando a ser leído pero que hace muy buena función para apoyar mi iPhone. Tengo la ropa de deporte encima del escritorio, cual seguridad de discoteca mirándome para que no salga de casa sin ella puesta y mueva un rato el culo, ese que después de verano tengo más plano que un carpesano.

Siempre he hecho mucho deporte. Podría decir que he probado desde gimnasia rítmica hasta sofiing, el GRAN desconocido. Pero de la noche a la mañana, tu vida cambia. Una mala competición, una discusión o una lesión hace que no vuelvas a querer pisar el deporte de alto rendimiento y te dediques a salir a correr o ponerte las gomas en los tobillos para saciar la necesidad de sudar los recuerdos. Hoy tocaba salir a correr. E imagino que por el sarcasmo que estoy utilizando, podrás hacerte una idea de dónde me he dejado las ganas.

Necesitaba salir a correr. Más que por el deporte, por ese atardecer de Septiembre en el que no sientes ni frío ni calor. Al menos he sido precavida y me he cogido el corta vientos más feo que tenía en el armario. Porque así es, cuando no quieres cruzarte con nadie te encontrarás hasta con tu profesor de la guardería, pero cuando vas arreglada y te brilla hasta la mirada, las calles parecerán el desierto de una película de vaqueros. Lucas, era Lucas la persona con la que me he cruzado. Y no, no le he saludado, no porque no quisiera sino porque él pasaba con el coche y su claxon ha hecho que dé uno de esos saltitos que te dejan en ridículo. En los primeros 30 segundos ya he hecho el cuadro. Lo que no sabía es que esa misma noche tendría una solicitud de amistad suya en Instagram. Diremos que la cosa no ha ido tan mal aunque me he pasado los 6 kilómetros pensando en porqué no habré cogido mi chaqueta

de Nike o mis leggings *push up*.

Lucas es un chico que llevo espiando un tiempo. Hablemos de espiar. No me pongo una gabardina y unas gafas de sol y le sigo allí donde quiera que vaya. Hablo del espionaje del siglo XXI, ese que se hace por redes sociales. Reconoceré que lo primero que hice fue poner su nombre y apellidos en Google y ¡fantástico! LinkedIn, me dio la información más importante, "Open to work". Lo que imaginaba, otro veinteañero más que acaba la carrera y está pensando estudiar otro máster porque se ha cansado de tirar curriculums en la mitad de las tiendas españolas. Y no será porque no tenga estudios, fue a un colegio alemán hasta los 16 y hace un año acabó Recursos Humanos. Juega a tenis desde que tiene uso de razón y toca el saxo. Que raro. Que raro porque al menos en mi colegio la clase nos dividíamos entre los que hacíamos deporte y los que hacían música. Rara era la persona que entre sus extraescolares se encontraban ambas cosas y aún le daba la vida para estudiar las tablas de multiplicar. Pero así era Lucas, el chico que llevaba a todas las chicas detrás. Mentiría si te dijera que no fui una de esas. Así es. Le seguí y le dejé de seguir unas tres veces buscando algo de feedback, pero nada. Hacia mucho tiempo que había tirado la toalla con este tipo de indirectas que parecen carteles de videoclub del 2001.

En mis redes no habían muchas fotos mías, y sólo mías. Ya sabes a lo que me refiero, un selfie con un buen filtro de esos que te borran las pecas y te ponen los labios como si fueras alérgica al cacao y te acabaras de comer una caja de bombones, sino que me gustaban las fotos random. De mis amigos en la playa, de un libro que me estoy leyendo o de un atardecer y Olivia muy al fondo dónde sólo se vea la silueta. Diré que no era porque no me gustara mi cuerpo, me encanta. Me encantan mis pecas y lo mal que salgo en la mitad de fotos que me hago. Lo que no me gusta es exponer mi cuerpo a un número de likes.

¿Aceptar la solicitud de amistad 10 minutos después de verla o mañana a primera hora? Creo que tienes la respuesta. Hacerme la interesante. La de no he abierto el Instagram desde ayer por la tarde porque mi vida es muy ajetreada y no le doy importancia a las 25 solicitudes de amistad que quieren ser mis "amigos" en redes sociales. Pista. No me lo creo ni yo.

III. TODO POR LA EXPERIENCIA LABORAL

Olivia ven, Olivia envía tres Newsletter y 20 mensajes directos, Olivia baja a por café, ¿te puedes quedar hoy hasta las 15h que hay que organizar los archivos de clientes? Olivia, Olivia y Olivia. Estoy odiando la vida adulta. Hago más de 8 horas diarias a 7,50€ la hora y da gracias que me están brindando la oportunidad de tener experiencia. En el resto de ofertas de empleos me piden una experiencia mínima de tres años cuando hace

menos de dos meses que terminé la carrera. ¿Por qué todas las empresas piden experiencia y ninguna la ofrece? Bienvenida a los años de morderte la lengua.

He acabado saliendo del estudio a las 15:15h y ni siquiera tengo hambre. Además he quedado con Paula a las 16h para tomar un café y contarnos los desamores y las frustraciones. Me da tiempo a volver a casa, dejar el portátil, cargar el móvil 5 minutos para que la barra pase de rojo a naranja y decirle a mi madre que en el curro todo ha ido bien, un día movidito, pero bien. Lo último que quiero es que después de pagarme la carrera vea lo disgustada que estoy en mi día a día. He cogido el bolso y las llaves del coche y siento que se me olvida algo. Pero son las 16:10h y Paula ya está esperándome sentada en la terraza con dos cafés con leche sin lactosa.

Conozco a Paula desde los 17, al principio nuestra relación se basaba en pasarnos apuntes o preguntarnos a que hora empezaban las clases. Al año siguiente coincidimos en un curso de inglés intensivo y tarde menos de un mes en invitarla a Isla a pasar el verano. En aquella época estaba conociendo a Gonzalo y ella fue participé de toda mi historia. Me decía la realidad que no llegaba a ver por estar ciega de amor y se convirtió en mi mayor apoyo para salir del bucle mental en que después de mi presente con Gonzalo estaba mi futuro con Gonzalo.

Paula es todo lo contrario a mi, calmada y cariñosa. Le encanta abrazar, besar y todo contacto físico que muestre afecto por otra persona. Lleva una vida ajetreada, estudiar medicina la mantiene anclada a la silla de su escritorio 24/7 y ahora ha conocido a un chico de Madrid, por lo que sus fines de semana se basan en AVE de ida y otro de vuelta. Intentamos sacar 2 horas al mes para ponernos al día y creerme cuando digo que es mejor que ir a terapia.

Está tan ilusionada con Jaime que nos hemos pasado hora y media hablando de los mil planes que tienen en lo que queda de año y en la última media hora, tras preguntarme qué tal yo, me he dado cuenta que echo de menos ilusionarme. Ilusionarme por alguien, por mi trabajo, por mi misma. Algo de mi vida tiene que empezar a cambiar. Me encantaba hacer cerámica, coger el coche e irme a librerías, pasar la tarde en una cafetería viendo a la gente pasar. Me encantaba estudiar y eso es. Necesito volver a estudiar, sentir que no me quedo estancada en ganar un sueldo mensual y tener mi mes de vacaciones. Quien me lo iba a decir, la que tanto necesitaba un año sabático de estudios ahora se muere de ganas de hacer unos cuantos resúmenes con el boli Bic.

He decidido dejar a Paula en su casa y no aparcar el coche, sino seguir, no sé muy bien a donde voy pero con el día que hace, me apetece dar una vuelta. He acabado sentada en un banco en el otro lado de la ciudad gastando la poca batería que me queda en buscar algún Máster de

Neuromarketing semipresencial y justo en ese momento en el que te queda un 3% de batería. iTachan! "Tienes un mensaje directo de @lucas.ctr"

¿Cómo he podido olvidarme de aceptar la solicitud? Esta mañana ha sido una locura en el trabajo, creo que el único momento en el que he podido coger el teléfono ha sido en los 5 minutos en los que he ido al servicio y simplemente me he acordado de responder a Paula fijando la hora de nuestro café. ¿Y ahora qué hago? Si le acepto la solicitud, le doy a seguir y abro el mensaje va a parecer que estoy desesperada por saber de él, si sólo le acepto la solicitud y no leo el mensaje voy a parecer una pasota y si sigo pensando en que hacer se me acaba la batería. Genial, eres un completo desastre y ahora te mueres de ganas por saber que pone en ese mensaje.

"No sé si te estas haciendo la interesante pero podrías aceptarme para que al menos pueda responder alguna de tus historias y tenga una excusa para hablar contigo"

¿Está ligando conmigo?

IV. SELLO Y CÓDIGO POSTAL

Hace unas semanas fui a ver a mi abuela a su casa para ayudarle a colocar unas cortinas. Entre los papeles que habían en el cajón del aparador dónde tiene todas las sábanas y manteles encontré una de las cartas que mi abuelo le escribía a mi abuela diciéndole lo mucho que le gustaba pasar tiempo con ella paseando o las ganas que tenía de ver sus ojos celestes ese sábado en el mercado de la ciudad. Es increíble que en menos de un siglo la manera de conocer a las personas se haya convertido en algo tan frío y lejano como enviar el emoticono del fuego para decirme que me encantan tus curvas o una carita sonrojada para decir "hola, ¿qué tal?". Creemos conocer a las personas en un total de 50 mensajes e incluso, me sobran 40 para quedar a ver Netflix en el sofá de mi casa. Te lo abreviaré "Netflix and chill". Dejamos el contacto físico únicamente para el acto sexual y las miradas ya no coinciden ni debajo de las sábanas. Es absurdo pero es la realidad. No me quejo, tiene sus pros, si esa persona no me convence en la primera conversación no tengo ni que gastar energía en dar explicaciones, nos sirve con un simple "leído" y "archivado". Pero que poco nos gusta cuando es a nosotros cuando nos dejan en doble tick azul.

Así es. En cuanto leí el mensaje y mi móvil se apagó, volví al coche a paso acelerado para cargarlo y poder responderle, pero ya le había dejado en leído. Llegué al coche y cuando la manzana apareció en la pantalla, mi percepción del tiempo empezó a ser más lenta y ya lo dijo Einstein "una

hora sentado con una chica guapa en un banco del parque pasa como un minuto, pero un minuto sentado sobre una estufa caliente parece una hora."

Abrí corriendo la aplicación y mira que había pensado la respuesta, pero todas sonaban como menos, desesperadas. Al final acabé escribiendo deprisa:

"Acabas de hablar y no has necesitado ninguna excusa."

Imagino que la notificación le saldría justo en el momento en el que estaba en Instagram porque el aviso de leído me apareció incluso antes de que pudiera salir de la conversación. ¿Sabes ese momento en el que te sube desde los pies hasta el cuello todas las hormigas del mundo y quieres gritar de la ilusión? Pues sí. Esa era yo metida en el coche con el móvil cargando y rezando para no cargar la batería de uno y descargar la del coche.

Uno, dos, cinco minutos esperé que apareciera un escribiendo, pero no apareció absolutamente nada y para lidiar con la frustración sólo me quedaba ponerme la playlist de canciones más tristes de la historia y arrancar el coche mirando los semáforos como quien mira al infinito. Le di más vueltas a la frase que cuando hacia las redacciones de inglés y necesitaba llegar a las 100 palabras. ¿Qué había fallado? ¿Quizá esperaba un mensaje distinto? ¿Quizá había tardado demasiado?

Llegué a casa y me desvestí para darme una ducha, a ver si se ahogaban las penas. Cené y creo que nunca me había metido en la cama a las 21:30h, así que decidí silenciar el móvil y ponerme videos de Youtube de "Mega super ultra haul de ropa" hasta que me quedara dormida. Cuando me quise dar cuenta había soñado y todo, pero me entró una sed de estas que se te cuarteja hasta los labios.

"Perdona, tenía que entrenar y no he podido responderte."

¿Y ahora qué respondo yo a eso? Si lo dejaba en leído, perdía una oportunidad de entablar una conversación y conocer a la persona que llevo tanto tiempo viendo a través de la pantalla, pero tampoco sabía muy bien que responderle así que un "no te preocupes" era correcto y educado. No daba a respuesta por su parte pero el suyo tampoco y en la lucha de egos iba a ganar el mío.

Estuve esperando una respuesta 5 minutos que los sentí como dos horas hasta que volvió a vibrar el móvil para leer de nuevo:

"Y perdona si te asusté el otro día con el coche pero cruzaste y no por el

paso de cebra”.

Una más a mi lista de meteduras de pata, quizá no me estaba saludando. Bueno, omite el quizá. No me estaba saludando. Seguramente estaba diciendo por su boca las mil palabrotas que se dicen cuando alguien se cree el dueño de la calle y cruza por donde quiere.

No quería ni responder, casi soy atropellada y después me digno a sonreír como si el claxon sonara en forma de “hola”. Deje el mensaje en leído y puse el modo avión, no había respondido ni pensaba hacerlo. Podría haberme reído de la situación pero así era. Incapaz de quitar importancia a aquello que realmente, no la tiene. Y cuantos disgustos me hubiera ahorrado si hubiera visto todo desde el punto de vista del humor.

V. ESTA NACIONAL NO TIENE DESVÍO HACIA UNA AUTOVÍA

Esa horrible sensación de que algo te atormenta, no sabes muy bien el qué. Realmente me siento obligada a tener que dar las gracias por tener un empleo nada más acabar la carrera cuando el 70% de mis compañeros se están tomando un año sabático, de los cuales el 70% no es porque lo deseen sino porque abren más Infojobs que Instagram. Y el otro 30% está especializándose en algún máster. En mi caso había decidido pegarme un año de saber qué era el mundo laboral y no llevaba ni uno y me daba la sensación de que los días eran todos iguales. Me levantaba, trabajaba y volvía a casa para hacer tareas del hogar y vestirme con algunas mallas con la intención de terminar el día tan cansada que no tuviera ganas ni de pensar qué había sido lo más interesante, porque te daré una pista, empieza por N y acaba por A.

Pero todos los días volvía ese nudo en el pecho y en mi lista de posibles motivos, el trabajo debía tener mucho peso pero no era el factor detonante de esta sensación de asfixia, ganas de llorar y preocupación a la que llaman ansiedad y que jamás había experimentado, pero que era el enemigo común del 80% de mis amistades.

Sentir que mis amistades ya no eran lo que es.

Reconoceré que nunca he sido una persona extrovertida, llena de planes los fines de semana y cada uno de ellos con un grupo diferente de amigos. Yo llevaba toda mi vida teniendo a mi grupo de amigos de la infancia que conforme pasaban los años se descolgaban de los planes por motivos diversos como tener que pasear al perro o quedar con sus parejas. No mentiré si digo que en muchas ocasiones no me apetecía quedar con ellos cuando bajaban a tomar unas cervezas, comenzaba a tener esa sensación de qué las conversaciones eran simples y ceñidas al fútbol o al Salvame Deluxe del supermercado de mi barrio. Y no es que yo fuera una intensa,

que también. Es que las conversaciones eran las mismas que cuando teníamos 15 años. Y al final, acabé quedando con la gente que la vida me puso por el medio sin querer encontrarla o con los chicos que respondían mis stories de Instagram, a ver si con suerte este anzuelo dejaba de ser picado por boquerones y llegaba algún atún.

Este segundo motivo de agobio lo había añadido para intensificar el drama, realmente no estaba sola y sólo tenía que descolgar el teléfono y tomarme un café con alguna amiga para dejarme la tontería de la soledad en un segundo plano. Pero conforme pasaba el tiempo había visto, a rasgos generales, que las amistades no se viven de la misma manera con 15 años que cuando tienes un empleo y los fines de semana duran menos que un cigarro a la salida de la discoteca.

No entendía esta sensación y por muchos motivos que analizara, me parecía absurdo cargarle la responsabilidad, únicamente, a uno de ellos. La cuestión es que todos los saltos importantes en la vida necesitan su proceso de adaptación. Como cuando tras 16 años en el mismo colegio con las mismas personas, llegaban los dos cursos de Bachiller y tenías que cambiarte a un Instituto. Ganarte de nuevo la confianza de los profesores, encajar de nuevo con personas que tan sólo conocías de vista o hacer una buena elección para que en la Prueba de Acceso a la Universidad la suma de todos los exámenes te dejara enfocar tu futuro hacia algo que te gustara y no hacia dónde te llegara la nota. Yo me encontraba en una de esas nacionales que no te dan alternativa para salir a la autovía, no puedes ir a más de 90 km/hora pero tampoco tienes ningún desvío para darte la vuelta. Hacia delante y cantando una buena canción del 2000, era lo único que haría que cogiera experiencia en el mercado laboral, ahorrara un poco dinero y fuera encontrando lo que realmente me gustaba.

Esa mañana me levanté desubicada, tan desubicada que los 5 minutos más se habían convertido en tener 10 minutos para vestirme, desayunar, ir a por el coche y salir hacia el trabajo. Con las prisas se me olvidó apagar hasta la luz de la habitación y de camino al coche sólo podía pensar en las mil cosas que tenía que dejar hechas esa misma mañana si no quería volver a salir a las 17h de la tarde.

Con un total de dos cafés, mi mañana fue la más productiva del mes y saliendo a las 14h podía decir que hoy sentía que el día había valido mucho la pena. Necesitaba este chute de energía, así que aproveché para no dormirme ninguna siesta y en cuanto terminé de comer me puse a leer "El día que se perdió la cordura" de Javier Castillo. Maldita adicción llevaba a la trama y cuánto echaba de menos sumergirme en una historia y perder la noción del tiempo. Se hicieron las 17h, hora perfecta para sudar las preocupaciones. Diré que no soy una fanática del gimnasio pero cuando empezaba a hacer frío era lo más cómodo. Me hice la bolsa y salí con los auriculares en las orejas y una canción de Tiago que alegra a cualquier cuerpo arrítmico. Al llegar al gimnasio me moví en triángulo, de

la cinta estática a la esterilla y de esta a la bicicleta. No sé muy bien si de la carga de presión del trabajo o de la manía que tengo de ponerme más peso de lo normal pero el tirón que me dio en la lumbar hizo que se me salieran hasta las lágrimas. No sabía ni donde meterme, el gimnasio sólo estaba lleno de chicos "croissants" mirando y yo tirada en la esterilla intentando estirarme disimulaba el dolor que sentía mientras pensaba la manera de recoger mis cosas y guardar la esterilla sin parecer que me acabaran de meter una paliza. Y entonces le escuche:

"¿Necesitas ayuda?"

"Gracias, estoy bien." Dije incluso sin levantar la mirada. Su voz sonaba masculina y por sus zapatillas, suponía que había hecho deporte antes.

"Intuyo que esa lumbar no dice lo mismo."

Levante la cabeza y ahí estaba, alrededor de 1,93cm, es decir, como si tuviera que mirar la luz de arriba de la Torre Eiffel. Era guapo, pero no guapo de los que te quedas embobada, era atractivo. Moreno, con barba desaliñada pero arreglada y ojos marrones chocolate con la mirada más simpática que jamás he visto. Era Lucas.

"Debería haberte dejado en visto. Cómo haces tú conmigo"

Este chico no podría verme un día mientras camino en tacones y con el pelo recién hecho. Tenía que buscar todos los momentos "tierra tragame" para que ninguna respuesta fuera la acorde.

"Perdona, he tenido unos días bastante caóticos."

Le importaba entre poco y nada mi respuesta. Se inclino y puso su mano derecha sobre mi lumbar y con la izquierda me sujetó los hombros. Logró enderezarme y no sé muy bien como lo hizo. En su LinkedIn no aparecía ningún estudio sobre fisiología.

"Gracias" Soné borde, seria y fría, es cierto. Pero no sabía muy bien que más responder. Le hice una mueca con la comisura y entonces en él se reflejó lo misma. Como si fuera un espejo.

"Dámelas por Instagram. Así tengo una excusa para responderte" me dijo en un tono sarcástico.

"Creo que será mejor que deje mi sesión por hoy y me de una ducha caliente" me levante sin esperar respuesta alguna y caminé hacia la puerta. Sentía sus ojos clavados en mi nuca y eso me gustó. Mucho.

Volví a casa y lo hice. *"De nada por servirte como práctica para el examen"*

de lumbalgia que imagino que tienes mañana."

Sabía que había estudiado Recursos Humanos y no Fisiología y era consciente que había terminado hace dos años la carrera pero era mi única manera de escribir algo que diera a una posible respuesta por su parte. Y así fue.